

**LOS GUERREROS
DE LA MARCA**

Alfredo García Agea

**LOS GUERREROS
DE LA MARCA**

**SEGUNDA PARTE
LA LLAMA NEGRA**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **METEÓRICA**}

Primera edición, noviembre 2021

© Alfredo García Agea, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Nerea Muguruza

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1656-2021

ISBN : 978-84-124605-3-7

Impreso en España · Printed in Spain

Tu corazón es libre, ten el valor de hacerle caso,

WILLIAM WALLACE

A mis hermanitas, Lourdes y Helena.

La llama negra

MAR PRINAICO



SAFIRA

ÍZGAR

MONTAÑAS DEL PORTAL

MAR BÁRBATO

Ércola

Estrecho Suul

Tirza

Ziah

Alzhar

Italún

Osthria

Recentia

Vírbaca

Frusta

Efi

Montes Pir

Azad de Safira

Lumea

Río Cárcaro
Karilia
Prados Jerjeris

Eternia

Brezales de Cuarnos
Sierra Media

Colinas de IS

Tumha

Llanos de Ustaler

Acentra

Río Laro

Zarzalia

Sórea

Sias

Kena

Sierra Alta

Kiltilia

Bahía de Aguasfrías

Torsor

Bahía de Barcaquebrada

Artisa

Río Fair

Órdosa

Archipiélago de Karsta



Puertacuerno

Médula

Calén

Cisma

MAR BÁRBATO

Karlat

Lirias

Frali

Melanús

Altos Dominios

Écor

Ércola

Estrecho Suul

Pritanos

Montes Balcón

Tócara

Céraco

CAPÍTULO I

Nadie habría acertado jamás de qué ubicación se trataba, pero una cosa estaba clara, pocos parajes eran tan oscuros como aquel lugar. Se trataba de un gigantesco salón cuyos altos techos se apoyaban sobre pétreas y frías columnas agrietadas por el tiempo. Apenas cuatro antorchas luchaban contra la gélida tenebrosidad que reinaba en la estancia. Aunque su amplio espacio permitiría albergar ampliamente a más de un centenar de personas, tan solo un trono presidente hacía acto de presencia. Las escasas ventanas, alargadas y deprimentes, parecían espantar la luz más que atraerla. Además, permitían entrar el ruido de poderosas olas estrellándose contra las rocas, allá en el exterior. No había alfombras, ni candelabros, ni nada que pudiera otorgar una pizca de vida a aquel lugar. Sus rincones eran hogar de oscuras arañas que tejían espesas telas, esperanzadas en encontrar alguna presa. Pocas personas se habrían atrevido a adentrarse en aquel enorme salón.

Una figura intuida horripilante se hallaba sentada sobre el solitario trono de piedra, tamborileando con sus dedos sobre el brazo del asiento. Las sombras ocultaban

su cuerpo, impidiendo ver nada más allá de sus brazos. Un cuervo atravesó la estancia de ventana a ventana con un rápido aleteo a la vez que las grandes puertas se abrieron suave y lentamente. Tras ellas apareció un cuerpo cubierto por una poderosa y pesada armadura negra, que inició un avance con decisión hacia el trono. Sus consistentes pasos se perdían en un eco que se difuminaba entre las paredes de piedra. Una vez alcanzó su destino, se arrodilló bruscamente:

—Mi señor —comenzó a hablar una voz tan tétrica que parecía proceder del mismísimo infierno—. ¡Han sido hallados!

El tamborileo del ocupante del trono cesó de inmediato. La intensa respiración del recién llegado era lo único que se atrevía a romper un silencio inquietante.

—Los hermanos del doble poder han sido hallados en tierras del oeste. Se ha puesto precio a su cabeza en todo el reino por brujería —continuó sin siquiera levantar la cabeza, que seguía oculta bajo el yelmo.

Continuaba el mutismo, creando una tensión que aumentaba el temor del informador. Una ola impactó más fuerte de lo normal más allá de las ventanas.

—Envía a la tropa más veloz a Céraco —contestó finalmente el que permanecía en la sombra con una voz que igualaba (si no superaba) el horripilante tono de su súbdito—. Quiero al oráculo con vida.

—Pero, mi señor, ¿y si los hermanos llegan antes?

—La Llama Negra los detendrá y los traerá ante mí —aclaró casi con un rugido, tras el cual se detuvo unos instantes. Acto seguido, golpeó con su puño el brazo del trono—. ¡Que empiece la partida!

Élir se despertó sobresaltado y empapado en sudor. Le costó acostumbrar sus ojos a la claridad, pero finalmente se tranquilizó al ver que estaba a salvo. Sobre la manta que cubría su cuerpo yacía una capa de fina nieve que había caído durante la noche. Milenarios árboles lo rodeaban y proporcionaban protección, además de filtrar el radiante sol temprano que apuntaba directamente a su cara. Cervi aún dormía enroscado a sus pies, junto a las cenizas de una fogata que los había mantenido cálidos hasta hacía poco tiempo. Su bolsa, junto a su bastón y la espada del lapislázuli que había pertenecido antaño a su madre, reposaba sobre el tronco de un pino. Todo parecía estar en orden, salvo una cosa. ¿Dónde estaba su compañero? ¿Dónde estaba Ícatos?

Con tranquilidad, se puso en pie y estiró la espalda a la par que bostezaba. Giró la cabeza varias veces en busca de algún rastro del adolescente, pero fracasó. Podría estar en cualquier lado. Sin embargo, sus dudas se disiparon inmediatamente, cuando de entre unos matorrales salió el joven de Lumea. Con la capa abrigando su cuerpo, el chico cargaba en sus manos una buena cantidad de bayas salvajes.

—¡Ah! Buenos días —saludó con su usual sonrisa—. Traigo unas frutas silvestres para desayunar. El queso ya escasea y el pan está más duro que una piedra.

—Buenos días —respondió el aurado aceptando unas cuantas bayas de su compañero—. ¿Por qué no me has despertado antes?

—Preferí dejaros descansar después de la mala noche que habéis pasado.

—Ícatos, ¿cuántas veces he de decirte que me tutees? —le regañó Élir mientras se volvía a sentar.

—Cierto. Perdóname... no estoy acostumbrado a que me lo permitan —se disculpó el joven ladrón imitando al leñador.

—¿Mala noche dices?

—Sí... no has parado de hablar y de moverte. Por cierto... ¿Quién es Calaur? —preguntó entre masticadas Ícatos.

Se tomó su tiempo para contestar. Era consciente de que el capitán de la guardia real se aparecía en sus sueños una y otra vez. Frecuentemente volvía junto al soldado en el collado de la esperanza. Le aconsejaba ser fuerte y valiente por todos justo antes de morir congelado por el maldito frío de las Montañas del Portal. No obstante, ignoraba que sus sueños se verbalizaban.

—Un amigo. Un buen amigo —contestó finalmente.

—Debe de ser muy importante, pues en tus sueños no has dejado de mencionarlo en las tres noches desde que salimos de Lumea.

—Era el capitán de la partida que guié a través de las Montañas del Portal. Un verdugo que se ganó mi admiración y afecto.

—¿Murió? —quiso saber el siempre curioso Ícatos.

—Sí. Murió cumpliendo con su deber —respondió con certeza Élir—. Sin dudar nunca en seguir hacia delante y en hacer lo justo.

—Me parece normal que ocupe tus sueños, entonces.

El leñador frotó su mano contra el rizado pelo de Ícatos de manera cariñosa, sentenciando la conversación y levantándose de nuevo.

—Hoy abandonaremos el bosque de Eternia. La salida sur está próxima —indicó mientras se colocaba la bolsa en la espalda y la espada en la cintura.

—Nunca imaginé que sería tan grande —dijo su compañero colgándose también su macuto y empuñando el bastón—. ¿Cuál es nuestro próximo destino?

—Según el mapa que nos dio Fáhlor, debemos ir en dirección este, hacia el interior del continente durante varias jornadas. Después, nuestro camino tornará hacia el sur, al reino de Nuheren.

—Pero sin la protección del bosque, ¿cómo vamos a evitar ser vistos?

—Caminaremos alejados de las sendas, buscando el refugio de la soledad. Emplearemos la noche si es preciso —contestó Élir haciendo un gesto con la cabeza a Ícatos para emprender la marcha.

Ambos se ocultaron bajo la capucha de sus capas y echaron a andar hacia la orilla sur de Eternia, seguidos por Cervi, que digería un ratón recién cazado bajo la nieve. A un buen ritmo, los aventureros se abrían camino entre los robustos troncos de los pinos de Eternia, emisores de un delicioso olor natural. Las huellas se fijaban con fuerza en la delicada nieve virgen, en ocasiones más profunda de lo que los caminantes habrían deseado.

—¿Cómo estarán Lucila y Fáhlor? —preguntó el ladrón con ánimo de amenizar la caminata.

—Supongo que llegando a su destino —contestó el aurado sin prestar mucha atención.

—¿Crees que los habrán detenido?

—Es muy pronto aún para que la orden de captura haya llegado tan al norte. Están bien, estoy seguro.

—Pero, y si...

—¡He dicho que están bien! —interrumpió tajantemente Élir mientras se volvía hacia Ícatos, cuyo rostro se quedó

perplejo ante la reacción del leñador—. ¿Podríamos seguir caminando en silencio?

El adolescente asintió con la cabeza, intentando disimular su rubor. Poco después, reanudó la marcha sin abrir la boca, ajeno al escalofrío que su pregunta había provocado en el cuerpo de su compañero. El aurado tenía presente a su hermana en todo momento. Mil posibilidades habían pasado por su mente, y lo que menos necesitaba era que alguien le metiera el dedo en la llaga. Separarse de Lucila era con certeza lo que más le dolía de todo aquello, pero no había más remedio. Además, ¿quién mejor que Fáhlor para cuidar de ella?

Un par de horas más fueron las que anduvieron hasta alcanzar el final del bosque. Finalmente, una claridad destellante les hizo entornar los ojos. El sol brillaba con poderío sobre una maravillosa pradera cubierta por un espeso manto de nieve.

—Se acabó Eternia —dijo Élir casi en un susurro, situándose a un paso del último árbol del bosque.

Había crecido entre aquellos árboles. Su infancia había sido mecida por miles de juegos entre sus troncos, en sus riachuelos y herbosos claros. Sus olores acariciaron sus sentidos durante veinte años y generosos fueron los frutos de su espesa vegetación. Eternia era un bosque, literalmente, eterno. Su vasta extensión lo convertía en señorial. Sí, esa era justamente la palabra. La señorial entrada a las Montañas del Portal, cuyos hermosos parajes dejaban sin respiración a sus visitantes. Élir era consciente de que extrañaría aquel lugar; ya lo había abandonado antes camino a Sáfira, pero algo le decía que esta vez era distinto. Un nudo en la garganta le

advertía, y fue ese hecho el que le dificultó dar su último paso hacia el exterior.

—Vamos, Élir —le animó Ícatos posando la mano en su hombro—. El mundo nos espera.

Juntos abandonaron Eternia para adentrarse en la hermosa y blanca pradera recién aparecida. Mirando hacia su derecha pudieron ver la poderosa cadena montañosa, que despertó ásperos sentimientos en el corazón del leñador. A su izquierda, pendiente abajo y aunque fuera de su visión, se escuchaba el fluir del río Laro.

—Tenemos que bajar hasta el río y cruzarlo —explicó Élir—. Es la única forma de dirigirnos al este.

Emprendiendo el descenso por la inmensidad, la luz del sol quedó oculta por las nubes invernales, que pronto habían cubierto el cielo entero. No mucho más tarde, una nevada ligera decidió decorar la escena. No obstante, ambos aventureros continuaron su camino pradera abajo hasta que algo les hizo detenerse. Una hermosa cabaña de madera cuya chimenea emitía una columna de humo captó de inmediato su atención. En su tejado, un altivo búho reposaba con su cuello incrustado en el cuerpo.

—¡Podríamos refugiarnos allí! —sugirió Ícatos, cuya nariz estaba helada.

—Es muy arriesgado. Podría ser la cabaña del guardabosques. Si es así, ya le habrá llegado la orden de captura.

—Pero no podemos seguir así, cada vez nieva más fuerte. Las capas están empapadas.

De repente, el búho del tejado abrió los ojos y estiró su cuerpo. Durante unos segundos, los observó con detenimiento, sin siquiera mover una de sus nevadas plumas. Acto seguido,

alzó el vuelo para adentrarse por una ventana en la cabaña, dejando a los caminantes confundidos.

—¿Has visto eso? Qué raro —dijo el adolescente frunciendo el ceño.

—Hemos de irnos cuanto antes; esto es muy extraño.

—¡Eh! ¡Caminantes! —gritó una voz desde la entrada de la morada.

Se adivinaba a un hombre mayor, a pesar del abrigo que cubría todo su cuerpo. Se apoyaba en una vara y, aunque se refería claramente a ellos, parecía estar mirando hacia otro emplazamiento. Los de Lumea lo miraban asombrados.

—¡Sí, vosotros dos! ¡Vamos, entrad! ¡La tormenta está arreciando! —ofreció el dueño de la cabaña con tono de preocupación.

—Es una trampa —apostó el leñador, sospechando de tanta fortuna.

—¡Mira sus ojos, Élir!

Ícatos tenía su mirada fija en los ojos del anciano. Efectivamente, algo en él no era normal. Éstos eran totalmente blancos.

—Es ciego —concluyó Ícatos—. Por eso está mirando hacia otro lado. No puede ser el guardabosques.

El joven ladrón se disponía a adelantarse hacia la cabaña cuando el leñador lo agarró por un brazo.

—Si es ciego, ¿cómo sabe que estamos aquí y que somos dos?

El viento embistió con dureza a los dos aventureros, que no conseguían llegar a un acuerdo. El frío comenzaba a hacerse notar. Ícatos miró con contundencia a su compañero.

—No tenemos alternativa. La tormenta es cada vez más fuerte y así no llegaremos a ningún lado. Lo siento, Élir, pero yo no puedo curarme como tú.

El chaval se soltó de un tirón del leñador y corrió hacia la cabaña de madera, donde el anciano le indicó el camino hacia el interior. Éilir quedó solo. Aunque apenas podía verse nada a causa de la creciente ventisca, sabía que el río Laro estaba un poco más abajo. Simplemente tenía que seguir su descenso; ya había pasado por ventiscas peores. Se dispuso a caminar cuando, de la nada, escuchó el chillido de Cervi. Justo unos metros más allá, entre el refugio y él, el zorro se apostaba con firmeza mientras el viento intentaba derribarlo. No parecía querer moverse.

—¡Vamos, Cervi! Hemos de continuar.

Pero el animal ni se inmutó. Su mirada se clavó en la de Éilir. El aurado sintió de repente una inmensa confusión. Sin palabras, Cervi estaba transmitiendo un sentimiento de cordura y prudencia. El humano percibió una profunda comunicación entre ambos. Entendió que aquella criatura intentaba convencerle de ponerse a salvo. Por primera vez, sintió cómo su conexión iba más allá de un intercambio de sensaciones.

—¡Maldita sea, Cervi!

Tras un resoplido de impotencia e indignación, puso rumbo hacia la cabaña de madera, a la que no tardó en llegar. Llamó a la puerta con fuerza para ser escuchado, pues los silbidos de la ventisca eran ahora intensamente ruidosos. Para su sorpresa, fue Ícatos quien abrió la puerta.

—Adelante, joven —le invitó a entrar desde el fondo de la estancia el anciano.

Humano y animal se adentraron en la morada, que resultó ser inmensamente acogedora. Decenas de pieles cubrían el suelo y las paredes, otorgando calidez al lugar. Una mesa rodeada por cuatro sillas ocupaba el centro de la habitación.

Sobre ella, un par de velas medio consumidas iluminaban el área. Varios arcones y estanterías se disponían en los laterales, que conducían hacia el fondo de la estancia, donde una bonita chimenea iluminaba una cómoda zona en la que se apilaban cantidad de pieles a modo de sofá. A la izquierda, una puerta daba entrada a lo que seguramente sería el único dormitorio. Sin embargo, lo que más llamó la atención del recién llegado fue una hermosa barra de asiento tallada en un rincón, sobre la que descansaba el imponente búho que previamente habían visto.

—Este es Virosh. Ya le he dicho que yo soy Irut y que tú eres Harold —se apresuró a decir en voz alta Ícatos para hacer a su amigo partícipe de su argucia.

A pesar de agradecer enormemente la lucidez del chaval a la hora de asignar nombres falsos, el leñador aún estaba enfadado. El joven ladrón lo había ignorado y había tomado una decisión que los podría poner en peligro.

—Pasad, joven. Quitaos esa capa mojada y dejadla en la percha. Venid a calentaros en la chimenea —indicó el anciano con una amplia sonrisa—. Vuestra mascota también es bienvenida.

Élir obedeció y se aproximó al calor del fuego, sentándose sobre unas cuantas pieles apiladas junto a Cervi. Su anfitrión presentaba un pelo cano y débil y un rostro bastante arrugado. Un par de segundos fueron suficientes para advertir que, efectivamente, era ciego. ¿Cómo era posible que los hubiera visto llegar entonces?

—Gracias por acogernos, buen hombre —agradeció, dando prioridad a la caballerosidad frente a la curiosidad.

—No hay de qué, Harold —respondió Virosh—. La verdad es que algo de compañía siempre me viene bien.

—¿Acaso vivís aquí solo? —se interesó Ícatos al instante.

—Así es, joven. ¡El té!

El anciano retiró de la chimenea una tetera metálica. Ante los atónitos ojos de los visitantes, el búho, que hasta ahora descansaba, extendió sus alas para volar hasta una estantería y volver con una pequeña bolsa entre sus garras. Tras acariciar al ave, Virosh sacó unas cuantas hierbas de la bolsa y las echó a la tetera. Ícatos y Élir intercambiaron unas miradas estupefactas.

—Por favor, servíos —ofreció el anciano mientras se acomodaba en sus pieles—. Bien, contadme. ¿Qué os trae por aquí?

—Nos dirigimos al reino de Nuheren —contestó el leñador tras quemarse la lengua con el hirviente té que acababa de catar.

—Entiendo. Pero, ¿cuál es vuestra procedencia? Son escasas las ocasiones en que los caminantes llegan desde la parte alta de la pradera, y menos en invierno. ¿Por qué no estáis siguiendo el camino del río Laro?

—Venimos de Lumea, señor —volvió a intervenir Élir—. Nuestro viaje es meramente espiritual y por eso evitamos a la gente.

Ícatos miró extrañado a su compañero, que se mordió nervioso el labio inferior a la espera de la respuesta de Virosh. ¿Se lo habría creído?

—¡Por los dioses de la montaña! ¡Peregrinos! —contestó el anciano ilusionado—. Esto sí que es bueno. ¿Y cuál es el santuario al que os lleva vuestra fe?

Élir palideció, ¡menuda pregunta! Intentó recordar un libro de geografía que Fáhlor le hizo leer cuando era más joven. Recordaba algunos santuarios de Ízgar, su reino, pero

su memoria no lograba alcanzar ninguno de Nuheren. Sabía que la respuesta estaba alargándose demasiado, ¿debía inventarse alguno esperando que su anfitrión fuera lo suficientemente ingenuo?

—Vamos al santuario de Lirias, devotos de los dioses del bosque —contestó Ícatos provocando la perplejidad de su compañero.

—Ah... Lirias. Famoso en los cinco grandes reinos —concedió Virosh—. Quién fuera vidente para poder contemplar sus estatuas de orquídeas y sus oraciones al ocaso... Buen destino, sin duda.

Leñador y ladrón respiraron aliviados ante la credulidad del anciano ciego.

—Imagino que os quedaréis a cenar. La tormenta no amainará hasta dentro de unas horas.

—No queríamos molestar, señor Virosh —dijo con modestia Élir.

—Sería para mí un gran honor cenar acompañado por primera vez en años, jóvenes peregrinos.

La sonrisa de aquel hombre conmovió el corazón del leñador, que por un momento se sintió mal. ¿Quién sabría lo solo que se sentiría? Ciego y solo en la vida, con la única compañía de un búho. Le inspiró lástima.

—¡Eso sí! Quizás podríais ayudarme a arreglar una vieja estantería. Algunas baldas no están bien ancladas. Yo, mientras, prepararé la comida.

—Por supuesto, señor —respondió con educación Ícatos.

Los jóvenes se pusieron manos a la obra con la estantería indicada, pero sin dejar de contemplar pasmados cómo el búho guiaba a Virosh en la elaboración de la comida. Le proporcionaba los ingredientes y utensilios que él le pedía

y, con frecuencia, las garras del ave colocaban las manos del invidente sobre el recipiente adecuado.

—¿Lirias? —inquirió Éilir en un susurro a Ícatos.

—Sí... Es donde nos dijeron que se llevaron a las madres de los huérfanos de Lumea para que no preguntáramos más —contestó el compañero mientras martilleaba un clavo contra la madera de la estantería.

La tarde se sucedió tranquila, permitiendo a los aventureros disfrutar de una calidez que no habían experimentado en cuatro días. Descansaron sus pies y hasta se pudieron bañar en una vieja pila que Virosh guardaba en el dormitorio. La cena, aunque lejos de ser lujosa, les sentó increíblemente bien. Además, el anfitrión abrió una botella de un buen vino procedente de la costa del sur de Ízgar, que entonó a los tres. Tras dar cuenta de las viandas y verduras que el anciano ofreció, volvieron a tumbarse junto a la chimenea.

—Nada como una buena cena en buena compañía —dijo el dueño de la cabaña mientras movía en círculos su copa de vino.

—Ciertamente —apoyó Ícatos dando cuenta del contenido de su copa de un trago.

—Virosh, si no es indiscreción, ¿por qué vivís aquí en soledad? —quiso saber Éilir o, más bien, su curiosidad.

—Bueno, no siempre fue así, joven Harold —respondió el aludido—. Hace bastante tiempo éramos cuatro. Mi mujer, mis dos hijos y yo. Aquí todo era felicidad. Deberíais ver este paraje cuando la nieve se derrite. Hierba, margaritas, riachuelos que bajan alegremente hacia el Laro. Pero, todo en esta vida es perecedero. Mis niños crecieron y se alistaron en el ejército de Batián. Así que tan solo mi mujer y yo quedamos para cuidar de nuestro hogar.

—¿Y dónde está vuestra mujer? —intervino ahora Ícatos.

—Mi mujer —Virosh esbozó una media sonrisa—. Esperándome más allá.

Los tres callaron a la vez. El fuego crujió para romper el silencio, mientras se reflejaba en el pelaje marrón de Cervi, tumbado ante él para gozar de su calor.

—Una noche, mientras dormíamos, unas brasas de la chimenea saltaron a las pieles del suelo, provocando un incendio. Cuando olí el humo, corrí a la estancia principal para apagar el fuego, pidiendo a mi mujer que se quedara en el dormitorio. Tras numerosos intentos, el fuego simplemente se hizo más poderoso. Las llamas comenzaron a afectar las vigas de la casa, derribándolas una por una. Una de ellas encerró a mi esposa en la habitación. No podía salir, ni yo entrar —los espeluznantes ojos de Virosh se humedecieron mientras daba un trago a su vino—. Hice todo lo posible por salvarla pero, de repente, un tablón cayó con fuerza sobre mi cabeza. Eso es lo último que puedo recordar de aquella noche. Me desperté a la semana en la botica de Tumha, el pueblo más cercano, donde había sido atendido. Ese día perdí tres tesoros: mi hogar, mi visión y lo más preciado de mi vida, mi mujer.

Élir e Ícatos escuchaban emocionados la historia de su anfitrión, que había borrado su sonrisa. Sin saber qué decir para aliviar una herida que probablemente nunca sanaría, simplemente permitieron que el anciano, tras un suspiro, reanudara la narración.

—Obviamente, tan solo pude recuperar una de ellas. Pero no fue fácil. Al principio, me retuvieron en Tumha, temerosos de que me quitara la vida. ¡Claro! ¿Qué podría

hacer un hombre de mediana edad, ciego, solo y sin hogar donde vivir? Pero entonces, lo conocí.

—¿A quién conocisteis? —preguntó el joven ladrón.

—A un viajero muy especial que pasaba por Tumha y se topó con este pobre ciego que intentaba aprender a caminar sin más ojos que un bastón. Le conté mi historia, y tal compasión sintió por mí que me acompañó hasta las cenizas de mi hogar. Una vez aquí, me ayudó a reconstruir de manera básica esta misma estancia en unos días. Sin embargo, había de irse, pues su familia le esperaba. Mi corazón se vació, ya que él era la única esperanza para reconstruir mi cabaña. No necesitaba mano de obra, sino ojos.

—¿Quién os ayudó a terminarla? —inquirió el leñador—. ¿Fue, quizás, la gente del pueblo?

—Ningún humano me auxilió, joven. No sé cómo pasó, lo juro, pero ese viajero convocó una especie de hechizo que hizo que este búho que veis aquí se convirtiera en mi más leal amigo. ¿Verdad, Iwin?

El ave abrió sus alas en señal de aprobación y ululó para que su amo lo entendiera, sorprendiendo una vez más a los invitados, que se miraron entre sí.

—Iwin ha sido desde entonces mis ojos y, aunque os parezca una locura, desde aquel día, es como si entendiera lo que dice en cada momento. De esa manera, como veis, nunca me he sentido solo.

—Magia... —susurró Ícatos.

—Sé que parece absurdo, joven Irut, pero juro que eso fue lo que pasó.

—¿Cómo es no ver nada? —preguntó de nuevo el adolescente.

—¿No ver? ¿Acaso no tener ojos significa no ver? —dijo Virosh con su retornada sonrisa—. Los ojos solo sirven para ver lo que los demás quieren que veamos, nada más. No obstante, lo verdaderamente importante se esconde a nuestra vista. La nobleza, la maldad, el egoísmo, la solidaridad, valentía o cobardía... Una caricia demuestra con una evidencia infinitamente superior el amor que alguien siente por ti, al igual que el tono de una promesa indica si esta lleva intención de ser cumplida. No, joven Irut. Es más fácil mentir a los ojos que al corazón.

Tras sentenciar, los tres observaron cómo Iwin se desprecizó y abandonó la habitación por una pequeña abertura en la parte lateral de la cabaña.

—¡Ah! Amainó la tormenta, ¿cierto?

Efectivamente, la tranquilidad y el silencio volvían a reinar en el exterior. La noche había caído y nada podía verse desde la ventana de aquella casa.

—Bien, es una realidad que os quedaréis a dormir aquí. Traeré un par de mantas —indicó Virosh.

—Señor Virosh. Deberíamos emprender nuestro camino —informó Élir.

—¿De noche? ¿Tanta urgencia lleváis? Joven, no sé qué portáis en vuestras bolsas, pero la prisa es algo que deberíais dejar fuera cuando peregrináis.

—No lo entendéis, no tenemos tiempo que perder, y ya se nos ha ido medio día —contestó el leñador comenzando a impacientarse.

—Chico... caminar en la oscuridad de la noche es una locura, y más ahora.

—¿A qué os referís? ¿Qué pasa ahora? —intervino Ícatos.

—No sabría decir, muchachos. Iwin y yo estamos detectando... cambios en la naturaleza. Es como si de repente los animales y la vegetación estuvieran tristes, o incluso asustados. ¿Parece una locura?

De repente, el búho volvió a la cabaña emitiendo un fuerte ululato. A continuación volvió a su barra, donde recogió sus alas.

—Qué extraño. Se aproximan guardias de Tumha —dijo el anciano tras escuchar al ave—. Me pregunto qué les traerá hasta aquí a estas horas. Saldré a recibirlos.

—¡No! —gritaron los caminantes al unísono—. No abráis la puerta.

—¡Por todos los dioses! Ni que os estuvieran buscando... —bromeó Virosh mientras cogía su bastón para aproximarse a la puerta.

Pero no hubo respuesta, y eso implantó una fuerte tensión en el ambiente. El invidente se giró hacia sus invitados, con un semblante asustado.

—¿Sois proscritos? —preguntó aterrizado.

—Debéis escucharnos, señor —comenzó Élir.

—¡Me habéis engañado! ¡Maldita sea! ¡Guardias!

—Escuchadnos, se trata de una injusticia —prosiguió el leñador a pesar de los gritos del anciano—. ¡Nos acusaron de brujería injustamente!

—¡Brujería! —exclamó escandalizado Virosh.

—¡Sí! Como la misma que trajo a Iwin hasta vos —arriesgó Élir.

El anciano se tranquilizó al recordar al viajero que le ayudó años atrás. No dijo nada, pero su respiración continuaba agitada y nerviosa.

—No sois peregrinos —intuyó.

—No, señor —contestó Ícatos.

—Habláis de una locura. Habláis de tristeza y temor en la naturaleza. Algo se avecina, Virosh —dijo el leñador aprovechando el momento—. Somos conscientes de ello. Magia negra, oscuridad, temor y odio se ciernen sobre nosotros. Es nuestra misión intentar impedirlo. Pero necesitamos vuestra ayuda. Por favor.

Virosh quedó inmóvil, sin saber bien qué decir o hacer. Agachó la cabeza, indeciso y nervioso ante la premura que la decisión requería.

—Debéis confiar en nosotros —suplicó el ladrón.

—Decís que los ojos no sirven para ver —comenzó Élir—. Decidme, ¿qué veis en nuestras palabras?

El tiempo se congeló. Los pasos de los guardias ya se escuchaban sobre la nieve en el exterior, evidenciando su proximidad. Ícatos y Élir se miraban nerviosos ante la extrema situación. No sabían cuántos guardias había, pero probablemente serían más de los que el leñador podría combatir.

—De acuerdo. ¡Rápido! A la trampilla bajo la mesa —resolvió finalmente Virosh.

Bajo la mesa donde habían cenado, apartando la espesa piel de oso, una trampilla con capacidad para unas diez personas apareció. Tras informar de su utilidad para guardar el vino en verano, el anciano indicó a sus invitados que se escondieran prestos en ella, orden que no fue desobedecida. Justo cuando el anfitrión concluyó la colocación de la mesa con ayuda de Iwin, la puerta sonó con consistencia.

—¡Abrid, Virosh! —gritó un guardia desde fuera.

Con cuidado e inquietud, el anciano se aproximó a la entrada apoyado en su bastón y abrió la puerta. En el exte-

rior, iluminados con antorchas, diez soldados aguardaban la atención de aquel hombre.

—¿Quién va? —preguntó fingiendo no saber nada.

—Buscamos a cuatro proscritos procedentes de Lumea. Se les acusa de asesinato y brujería. Si huyeron hacia el sur, indudablemente saldrán por este extremo. ¿Los habéis visto?

—Joven, que pregunta tan ofensiva... —contestó ingeniosamente Virosh—. ¡Soy invidente!

—No juguéis con nosotros, anciano —amenazó el guardia—. Esto es un asunto serio. El aviso ha sido enviado a todo el reino de Ízgar. Es un doble delito que ha de ser castigado. ¿Sabéis algo de ellos?

—Vaya, sí que parece serio. Siento no poder ayudaros, caballeros.

—Supongo que no os importará que echemos un vistazo ahí dentro —propuso un soldado desde atrás.

—Para nada, adelante. Estáis en vuestra casa —invitó Virosh con una sonrisa que ocultaba una gran preocupación.

Desde la trampilla bajo la mesa, los dos proscritos y Cervi escucharon los pasos de la cuadrilla entera penetrar en la estancia sobre ellos. Movían estanterías y se adentraron en el dormitorio. Miraron bajo la mesa, provocando un nerviosismo extremo en Ícatos y Élir. De repente, el aurado cayó en la cuenta de que, junto a la estantería que habían arreglado, prácticamente en la sombra, habían dejado sus macutos con los bastones y la espada del lapislázuli. Empezó a sudar, temeroso de que dieran con ellos.

—Aquí no hay nada caballeros, ya os lo dije. Llevo viviendo solo desde el incendio, como ya bien sabéis —informó Virosh con amabilidad.

—Esperad —dijo uno de los guardias aproximándose con tiento a la localización de las bolsas.

No eran latidos, sino bombardeos lo que el corazón de Éilir emitía. Agarró con fuerza el brazo de Ícatos, que también se percató de la situación. Los descubrirían. Las bolsas eran prueba inequívoca de que dos caminantes habían estado allí. Forzarían a su anfitrión a hablar. Le harían daño con toda probabilidad, y acabaría desvelando su situación. Era un momento crítico.

Sin embargo, nadie podía esperar que, desde el otro extremo de la habitación, Iwin embistiera al soldado que tan cerca estaba de descubrirlos. Golpeó su rostro con sus alas, revoloteando durante unos instantes hasta alejarlo del lugar.

—¡Maldito pajarraco! —gritó el soldado desenvainando su espada—. ¡Voy a desplumarte!

—¡Ascaor! —gritó el que parecía el capitán desde la puerta, deteniendo a su hombre—. ¡Es suficiente! Aquí no están. Hemos de seguir.

Irritado, el soldado golpeado por Iwin se plantó frente a Virosh y lo miró durante unos instantes.

—¡Maldito loco! —le gritó tras escupirle en los pies.

—Si llega a vos alguna información concerniente a los pros-critos, estáis en la obligación legal de hacérselo saber —le dijo el capitán concluyendo la visita.

—Así será —contestó el anciano sin borrar su sonrisa.

Transcurrido un tiempo prudencial desde la partida de los guardias de Tumha, Éilir, Ícatos y Cervi salieron de la trampa-lla con un gran alivio.

—Qué poco ha faltado —dijo Ícatos llevándose la mano a la frente.

—¿A dónde os dirigís? —quiso saber sin tapujos Virosh—. ¿Cuál es vuestra misión?

—Vamos a Céraco, al sur de Nuheren —respondió Élir sin intención alguna de mentir a la persona que acababa de salvarles—. Nuestra misión es la de recabar cierta información. —¡Por los dioses de la montaña! ¡Céraco! Esa región está maldita, todo allí está podrido. Hace ya mucho tiempo que sus habitantes huyeron de esas tierras. ¿Qué información podríais obtener allí?

—Lo siento, señor. No podemos decir más sobre esto.

—¿Cuál es el mal que se cierne sobre nosotros? Habéis hablado de magia negra. ¿Cómo es posible? —profundizó el anciano, curioso.

Al no haber respuesta por parte de ninguno de los dos invitados, Virosh se dirigió de nuevo hacia la zona de la chimenea y se sentó sobre las mantas. Respiró hondo y se reclinó.

—¿Realmente vais a luchar contra el mal?

—Os juro sobre mi persona que ninguno de nosotros se habría embarcado en esta misión si no fuera necesario —contestó el aurado aproximándose a él.

—¿Puedo saber al menos vuestros nombres reales?

—Yo soy Élir, y este es Ícatos.

—Bien, jóvenes. Respetaré vuestro secreto —dijo Virosh poniéndose en pie—. Pero decidme, ¿qué ruta tomaréis hacia tan lejana tierra?

—Seguimos un mapa que nos entregó mi maestro. Iremos hacia el este y finalmente bajaremos hacia Nuheren —indicó el leñador.

—¿Acaso estáis locos?

—¿Cuál es el problema? ¿No es correcta la ruta? —preguntó extrañado Ícatos.

—Sí, si pretendéis caminar durante dos meses —informó sarcástico el anfitrión—. Esa ruta os llevará prácticamente a la frontera con Céloror, para bajar bordeando el infernal desierto del Corato.

—¿Qué proponéis pues? —quiso saber Élir, sintiéndose ignorante.

—Debéis ir en barco. Bordear el continente por mar es la opción más rápida.

—Eso es imposible, señor. Somos proscritos. Ningún barco nos aceptará —apuntó Ícatos correctamente.

—Cierto, joven. Ningún barco os aceptará... ninguno dentro de la ley al menos...

—Piratas. ¿Pretendéis que embarquemos en un barco pirata? —cuestionó el aurado, indignado.

—¿Es que no sois proscritos como ellos? —atacó el anciano dejando sin palabras a Élir—. Los piratas son hábiles navegantes y surcan por doquier la ruta que vosotros precisáis recorrer. ¿Por qué no intentarlo?

—¿Cómo dar con un barco pirata? —dijo Ícatos pensando en voz alta.

—Los piratas no atracan en puertos conocidos, pues sería exponerse demasiado a la ley —informó Virosh—. Sin embargo, sé de una ciudad donde se encuentra una de las mayores guaridas de proscritos del mundo. Nadie sabe dónde está el escondite, pero allí se reúnen e incluso viven miles de piratas, ladrones y asesinos. La ciudad es Artisa, en la bahía de Barcaquebrada, a no más de una semana de aquí dirección sureste. Si en algún lugar se ha de conseguir embarcar con piratas, ese es Artisa.

—No se puede confiar en los piratas —juzgó el leñador—. Solo quieren riquezas.

—Pues habréis de agasajarlos bien, entonces. Si tal es la urgencia de vuestra misión, no tenéis otra opción, joven.

Ante la reflexión iniciada por Élir, que le dejó en silencio durante varios minutos, el anfitrión se dirigió hacia una de las estanterías de la estancia, para volver con dos pesadas mantas. Dio una a cada viajero.

—Descansad bien esta noche. Al alba partiréis. Esos guardias del pueblo volverán.

Tras sentenciar, se adentró en su dormitorio seguido por Iwin. Cerró la puerta y dejó a Élir e Ícatos tumbados junto al fuego y tapados con las gruesas mantas. El cansancio y la comodidad del lugar arrastró al joven ladrón hacia el séptimo sueño en apenas unos minutos. No obstante, el aurado permanecía despierto mientras acariciaba a su zorro.

Los piratas invadían las aguas de su mente. Siempre había pensado, a raíz de los interminables libros de historia que Fáhlor le hacía leer, que eran los peores criminales que existían. No solo robaban, sino que también torturaban y asesinaban a inocentes en alta mar, donde las posibilidades de defenderse eran escasas. ¿Embarcarse con ellos? Esa idea jamás habría ni siquiera rozado la linde de su voluntad. Sin embargo, Virosh estaba en lo cierto. Lo más importante de su misión era la premura. Debían ser rápidos y llegar lo antes posible al oráculo de Céraco. Quién sabe si las fuerzas del mal ya estaban en camino también.

Finalmente, llegó a una conclusión: lo harían. Tras mucho meditar, su cabeza entendió que no se trataba de sus prejuicios o ideales, sino de completar la misión para poder evitar que la oscuridad volviera al mundo. Por lo tanto, esa noche quedó dormido con un nuevo pensamiento: encontrar un barco pirata.

El ululato de Iwin despertó a los tres caminantes de Lumea. El olor a té descubrió un desayuno preparado sobre la mesa principal, consistente en cereales y abundante pan con carne. Tras saludar a Virosh, que acababa de llegar de pasear por la pradera, todos dieron cuenta de tan nutritivo menú.

Sin más dilación, cogieron sus bolsas y bastones y, tras cubrirse con las capas, se plantaron en la puerta de la cabaña que les dio cobijo.

—¿Cómo podremos agradecerérselo? —preguntó Élir colocando su mano sobre el hombro del anciano.

—Si realmente se avecina la oscuridad, me basta con que prendáis una buena antorcha de luz —contestó Virosh sonriendo—. He de decir que habéis matado mi rutina.

—Gracias por todo —dijo Ícatos abrazando a su anfitrión, ante lo que éste volvió a sonreír, esta vez con ternura.

—La ley se toma muy en serio las condenas por magia. Más os vale que nadie os vea. Caminad lejos de los senderos y recordad... los ojos se engañan más fácilmente que el corazón.

Iniciaron su marcha hacia el río Laro, que habrían de cruzar con la mayor discreción posible. Sin embargo, no habían avanzado ni cincuenta metros cuando Élir se detuvo. Se giró y contempló a Virosh, con Iwin posado sobre su hombro. Algo atormentaba al aurado. Una cuestión que precisaba ser resuelta en su interior. Corrió hacia la cabaña de nuevo y se paró frente al anciano.

—El viajero que hechizó a Iwin, ¿cuál era su nombre?

—Se llamaba Áruil. Una de las mejores personas que he conocido —la sangre de Élir se heló por completo—. Tan gen-

til era, que sé que me habría ayudado hasta el final si no llega a ser porque su mujer estaba a punto de dar a luz a su segundo vástago. Creo que la llamó Lucila.